

NEW LEFT REVIEW 81

SEGUNDA ÉPOCA

JULIO AGOSTO 2013

ARTÍCULOS

PERRY ANDERSON	Homeland: La política interna de Estados Unidos	7
YONATAN MENDEL	La nueva Jerusalén	38
FRANCO MORETTI	La desaparición de la burguesía	63
JOACHIM JACHNOW	Trayectorias verdes	98
NANCY FRASER	Triple movimiento	125

CRÍTICAS

FRANCIS MULHERN	Tiempos de conclusión	140
JACOB COLLINS	¿El nacimiento de la bioseguridad?	152
HUNG HO-FUNG	China se estanca	162

La nueva edición de la New Left Review en español se lanza desde el Instituto de Altos Estudios Nacionales de Ecuador–IAEN,

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

© Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), 2014, para lengua española

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE



traficantes de sueños

PERRY ANDERSON

HOMELAND

La política interna de Estados Unidos

LA ESCENA POLÍTICA estadounidense en el nuevo milenio se suele pintar con brillantes colores. Para buena parte de su opinión pública –por no hablar de la extranjera–, el país ha saltado en una sorprendente pirueta de la zafiedad reaccionaria del gobernante anterior, que presidió una época de desastres tanto en el exterior como en el interior, a la esperanza de progreso más alentadora desde el *New Deal* con el actual, quien personifica lo mejor de la nación, aunque para otros no sea siquiera un fantasma estadounidense. Hay incluso otros para quienes la polarización de las opiniones representadas es motivo de desesperanza o, por el contrario, de sosiego ante el umbral de una nueva mayoría conformada por identidades hasta ahora marginadas. Los matices cambian según la luz con que se mire.

Para un observador más ecuánime de la política estadounidense, la línea es más fiable que el color. Son los parámetros subyacentes del sistema, caracterizados por esos episodios los que requieren atención, entre estos se pueden discernir cuatro que resultan determinantes. El primero, y de lejos el más fundamental, es el régimen histórico de acumulación que determina la rentabilidad del capital y la tasa de crecimiento de la economía¹. El segundo son los cambios estructurales en la sociología del electorado distribuido entre los dos grandes partidos políticos. El tercero son las mutaciones culturales del sistema de valores a lo largo y ancho de

¹ Régimen de acumulación: término derivado originalmente de la obra marxista de Michel Aglietta *Régulation et crises du capitalisme*, París, 1976, de la que se puede encontrar un equivalente institucionalista en Douglas Forsyth y Ton Notermans, «Macroeconomic Policy Regimes and Financial Regulation in Europe, 1931-1994», en D. Forsyth y T. Notermans (eds.), *Regime Changes*, Providence (RI), 1997, pp. 17-68.

la sociedad. El cuarto y último –residual– son los objetivos de las minorías activas de la base de votantes de cada partido. El resultado político en cada momento determinado se puede describir, a grandes rasgos, como resultante de ese desigual cuarteto de fuerzas motrices.

Lo que permanece inalterado es, por otra parte, el universo ideológico monocromático en el que está incrustado el sistema: un orden capitalista inamovible, sin asomo de flaquezas socialdemócratas ni de organización política independiente de los trabajadores². Los dos partidos que lo ocupan, republicano y demócrata, han intercambiado bases sociales y regionales más de una vez desde la Guerra de Secesión, sin cuestionar en absoluto el dominio del capital.

Desde la década de 1930 ha existido una tendencia general, aunque no inmutable, a que quienes están en el escalón más bajo de la pirámide de ingresos, en caso de que voten –lo que muchos no hacen–, lo hagan por el Partido Demócrata, y los que están en lo más alto, por el Republicano. Tales preferencias reflejan las políticas impulsadas por lo general por ambos partidos: los gobiernos demócratas han solido ser más redistributivos hacia abajo que los republicanos, en un alineamiento que se parece, sin reproducirla exactamente, a la división entre izquierda y derecha en otros lugares, aunque rara vez se den diferencias de principio. Un rasgo sobresaliente del consenso sobre el que descansa el sistema es la flexibilidad de las posiciones relativas que permite. Las políticas asociadas a un partido pueden pasar al otro, y con cierta frecuencia tras el cruce asumen formas más radicales que las que exhibían en su hábitat original. Una mirada a la historia del último medio siglo nos recuerda esos vaivenes del sistema.

I

Aunque tuvo que pasar algún tiempo hasta que su carácter cristalizara, la victoria de Roosevelt en 1932 inauguró, como todo el mundo sabe, una nueva era en la política estadounidense. La Depresión, que marcó el final de

² Semánticamente, un síntoma de ese universo cerrado es la transformación en el vocabulario local del término «liberal», en una perspectiva meramente social o cultural, carente de referencias a los principios económicos que lo definieron históricamente en otros lugares, ya que en Estados Unidos los axiomas del libre mercado son compartidos por todos. Por eso «neoliberal», moneda de uso corriente en el extranjero, es una incomplicidad léxica para quienes se identifican con la versión autóctona.

un régimen de acumulación basado en el patrón oro, altos aranceles, bajos impuestos y formas todavía primitivas de producción en masa, desacreditó a los republicanos, que lo habían regentado durante mucho tiempo. Bajo la conmoción del desplome, las presiones populares –sobre todo, las huelgas obreras iniciadas en 1934– impulsaron a la administración demócrata mucho más allá de las medidas preliminares de estabilización financiera y alivio de la emergencia, hacia reformas sociales y programas infraestructurales que consolidaron su base electoral, mientras proseguía la reestructuración de los capitales menos competitivos y la concentración empresarial³. Cuando golpeó la brusca recesión de 1937, el desempleo volvió pronto a situarse en el 12,5 por 100. Lo que transformó el *New Deal* en punto de arranque de una nueva era fue la masiva demanda estatal propiciada por el rearme. Con la puesta en marcha de una economía de guerra a partir de finales de 1941 maduró un nuevo régimen de acumulación. El patrón oro había desaparecido, los impuestos eran más altos, el déficit había dejado de ser tabú y se habían estatuido seguros para los depósitos y normas de regulación bancaria; las grandes empresas se habían concentrado y había aumentado la demanda de consumo. Esas fueron las condiciones de la transformación; pero el cambio decisivo llegó con la intervención de la economía y el enorme aumento del gasto público, del 19 al 47 por 100 en dos años, cuando el país se movilizó para la guerra y los hombres de negocios volvieron a las sedes del poder en Washington con el fin de dirigir el impulso industrial hacia la victoria. El *boom* de la época de guerra, que detonó la innovación tecnológica y absorbió el desempleo, llevó a la supremacía estadounidense sobre el mundo capitalista a partir de 1945, asociado al orden económico internacional adecuado a sus requerimientos e instaurado en Bretton Woods. La expansión desencadenada por la economía de guerra prosiguió durante un cuarto de siglo de altas tasas de crecimiento en el país y una hegemonía indiscutida en el exterior.

El sistema político constituido bajo ese régimen, aunque provenía del *New Deal*, difería en parte de él. Tras la guerra, los demócratas mantuvieron el dominio electoral que se habían asegurado en la década de 1930, cuando se ganaron a los votantes jóvenes, los inmigrantes de segunda generación, los trabajadores protestantes en otro tiempo distantes así como a los negros del norte, al tiempo que mantenían un firme control de su bastión histórico en el sur racista. Aunque los dos partidos se repartían de forma

³ Primero se produjo la desvinculación del oro y la aprobación de la Ley Glass-Steagall y de la Ley Nacional de Recuperación Industrial en 1933; luego, la Ley Wagner y la de Seguridad Social, en 1935.

pareja el control de la Casa Blanca, cada uno de ellos ganó tres veces entre 1948 y 1968, el Congreso permaneció durante cerca de medio siglo como un reducto demócrata; entre 1932 y 1980 los republicanos solo se hicieron con él dos veces y durante un corto periodo de cuatro años. En cualquier caso la configuración política subyacente satisfacía a ambos partidos. Desde 1937, cuando fracasó la huelga del acero y la economía se deslizó de nuevo hacia la recesión, la rebeldía obrera que había forzado las reformas sociales más significativas en la agenda de Roosevelt había quedado atrás. La Ley Wagner [*National Labor Relations Act*] permitió aumentar la sindicalización hasta principios de la década de 1950, pero junto con el aumento de la afiliación llegó la burocratización y la domesticación de la AFL-CIO. En 1947 la mayoría de ambos partidos unieron sus fuerzas para reprimir a los militantes y las huelgas con la Ley Taft-Hartley⁴.

Aunque las organizaciones obreras debían ser domeñadas allí donde amenazaran hacerse demasiado fuertes y rebeldes, los votantes aislados eran otra cosa, se pretendía halagarlos siempre que el precio a pagar no fuera demasiado alto. Si el gasto público, en proporción al PIB, ya no estaba a los niveles del tiempo de guerra, la larga expansión de las décadas de 1950 y 1960 ofrecía todavía tasas de beneficio que permitían mejoras salariales regulares para los trabajadores así como ingresos tributarios suficientes para mantener las obras públicas y las ayudas de protección social, junto con grandes presupuestos militares. De todas formas ningún régimen de acumulación es estático y a su debido tiempo se produjo una inflexión. Durante la guerra los planificadores de Washington habían previsto un mundo de posterior a la misma en el que el patrón dólar y el libre comercio permitirían una prosperidad exportadora para el capital estadounidense mediante la recuperación económica de Europa y Japón. La envergadura de los daños, tanto entre los antiguos aliados como entre los enemigos, y los imperativos primordiales de la Guerra Fría alteraron ese diseño. Para salvar el capitalismo en el extranjero hubo que diluir el libre mercado puro y simple y ofrecer ayuda a los gobernantes locales permitiéndoles cierta protección de sus mercados a fin de evitar que se hundieran de nuevo en la depresión. Llegó la recuperación, y con ella, como se había previsto, los beneficios estadounidenses. Pero como los costes laborales eran menores en el extranjero, para el capital estadounidense se volvió más razonable,

⁴ Sobre esta historia, véase Robert Brenner, «Structure vs Conjuncture», *NLR* 43, enero-febrero de 2007, pp. 37-40 [ed. cast.: «Estructura versus coyuntura: Las elecciones de 2006 y el desplazamiento hacia la derecha de la política estadounidense», *NLR* 43, marzo-abril de 2007, pp. 31-56], el texto más relevante para entender la evolución de la política estadounidense desde el *New Deal*.

en lugar de exportar, invertir –allí donde fuera posible; mejor en Europa que en Japón– en la producción para los mercados locales, normalmente con tasas de beneficio más altas que las que se podían obtener de las inversiones en Estados Unidos. Con la gran expansión de las empresas multinacionales estadounidenses en el extranjero, las organizaciones obreras quedaron aún más debilitadas, no legislativa sino estructuralmente, desde mediados de la década de 1950.

Sin embargo, mientras se mantuvo el régimen general de acumulación, el cálculo de la competencia entre los partidos siguió los parámetros heredados del *New Deal*, en cuyo marco los gobernantes republicanos eran muy capaces de desbordar a sus predecesores demócratas. Truman, cuya presidencia careció prácticamente de logros legislativos domésticos, rompió más huelgas que Eisenhower, cuya ley de autopistas interestatales impulsó el mayor programa de obras públicas desde la Works Progress [llamada luego Projects] Administration de Roosevelt. El activismo contra la segregación y las insurrecciones en los guetos provocó la Civil Right Act y la Guerra contra la Pobreza de L. B. Johnson, con un impulso que le sobrevivió. Fue Nixon, y no Johnson, quien dispuso el mayor incremento de subsidios sociales y la más estricta regulación económica de la historia de posguerra y quien propuso el más ambicioso plan contra la pobreza consistente en un ingreso mínimo garantizado que ningún país capitalista ha instituido todavía. En el Congreso, donde en ambas cámaras el bloque más sólido de demócratas era siempre el del sur, los republicanos solían votar en mayor proporción que los demócratas en favor de las leyes de derechos civiles.

2

La expansión de posguerra sufrió una abrupta interrupción en todo el mundo capitalista avanzado a principios de la década de 1970. La rentabilidad disminuyó, los salarios dejaron de aumentar y apareció el fenómeno de la estanflación. La causa común residía en la competencia intercapitalista, intensificada desde que Alemania y Japón, recuperados por Washington como defensas de primera línea del llamado Mundo Libre, volvieron a entrar con fuerza en el mercado mundial, frecuentemente con nuevo capital y mejores estructuras empresariales y bancarias⁵. Las empresas

⁵ Véase Robert Brenner, *The Economics of Global Turbulence*, Nueva York y Londres, 2006, *passim* [ed. cast.: *La economía de la turbulencia global*, Madrid, 2009], la historia fundamental del capitalismo de posguerra.

estadounidenses, obligadas a mantener gran cantidad de capital fijo que no podía desecharse con facilidad, afrontaban márgenes de beneficio más bajos precisamente cuando el gasto social inoportuno y la costosa regulación alcanzaban un punto máximo con un presidente republicano. A fin de contrarrestar todo esto, y tras segar el vínculo del dólar con el oro, Nixon recurrió a controles de precios y salarios con los que combatir la inflación. Frente a aquella combinación de crisis económica y despilfarro político, el capital –grande y pequeño– se puso en movimiento. En 1972 se puso en marcha la mesa redonda de los empresarios; a finales de la década, la Cámara de Comercio y la Federación Nacional de Empresas Independientes habían duplicado el número de sus afiliados, los grupos de presión de las corporaciones en Washington se decuplicaron; los comités de acción política financiados por el capital dejaban muy atrás a los de las organizaciones obreras, y nuevos *think tanks* de la línea más dura –el Instituto de la Empresa Americana, la Fundación Heritage, el Instituto Cato– entraron en liza⁶. El colapso del crecimiento sostenido generó una movilización sistemática contra los acuerdos de posguerra.

Ese era el escenario en el que se configuró la agenda para un nuevo régimen de acumulación. El orden neoliberal iba a promover la desregulación de los mercados, la desindustrialización de los trabajadores, reducciones en los impuestos y la deflación de la oferta de dinero; en resumen, una regresión hacia normas del régimen liberal anterior a la Depresión, excluidos el patrón oro y la protección arancelaria. Pero existían dos diferencias críticas relativas a la situación de la industria y la naturaleza del electorado. La industria, que en la década de 1920 apenas estaba iniciando su transformación a la producción en masa y que después de medio siglo de expansión por delante, empezó a contraerse severamente desde la década de 1980 bajo la presión de los productores de bajo coste en el extranjero y el desplazamiento del capital hacia las finanzas como centro de mando de la economía, erosionando aún más drásticamente la correlación de fuerzas con el movimiento obrero. Por otra parte, las expectativas de los votantes impedían ahora una liquidación general a precios de saldo de las empresas insolventes o ineficientes: el desempleo de masas parecía incompatible con un dominio capitalista

⁶ Los orígenes del IEA se remontan a 1943, cuando los ejecutivos de las corporaciones se trasladaron en tropel a Washington para ocupar puestos en la economía de guerra, pero su transformación en una central conservadora data de la década de 1970: en 1980 tenía más de 600 patrocinadores empresariales. La Foundation Heritage se creó en 1973, y el Cato Institute en 1977. Sobre esos grupos, véase Jacob Hacker y Paul Pierson, *Winner-Take-All Politics*, Nueva York, 2010, pp. 118-120.

estable. En la mayoría de los países capitalistas se produjeron durante este periodo cambios análogos; pero fue en Estados Unidos, carente de tradiciones críticas significativas frente a las enormes prerrogativas de la propiedad privada y la libre empresa, y en un ambiente de erosión estructural del poder de las organizaciones obreras, donde adquirieron su forma más pura. Los parámetros del sistema político se desplazaron hacia la derecha en todo Occidente, pero en ningún lugar tan lejos y con tan pocos impedimentos como en Estados Unidos.

Respecto a los partidos, tras una enorme marea de reformas progresistas bajo un presidente republicano, la regresión política llegó con un demócrata en la Casa Blanca y una abrumadora mayoría demócrata en el Congreso: 292-143 en la Cámara de Representantes y 62-38 en el Senado. Menos Estado y más mercado era la solución para los males de la economía en el momento del bicentenario. Las claves del Gobierno de Carter fueron las restricciones a la oferta de dinero y la desregulación dirigidas a debilitar a las organizaciones obreras y fortalecer a las empresas. En el Congreso, los demócratas al mismo tiempo que reducían el impuesto sobre las rentas del capital y elevaban el de las rentas salariales, rechazaban –en una votación tras otra– la reforma de la sanidad, la indexación del salario mínimo, la protección de los consumidores y la renovación del registro electoral. En la Reserva Federal, se confió a Volcker la labor de una dura deflación. El neoliberalismo estaba ahora al mando. El coste a corto plazo para Carter y su partido fue alto, cuando los altos tipos de interés impuestos por Volcker como remedio para la inflación provocaron una severa recesión que el electorado no agradeció. Un problema mayor fue la ausencia de un mensaje ideológico que por parte de los demócratas fuera capaz de embellecer el giro en términos menos adustos que la necesidad de apretarse el cinturón. Se necesitaba algo más atractivo.

La victoria de Reagan en 1980, tan decisiva como la de Roosevelt en 1932, satisfizo esas exigencias. El neoliberalismo encontró su suplemento popular en un optimismo de reafirmación nacional y en una moral de autosuficiencia individual, entrelazados –aunque no excesivamente– con la fe en la Biblia⁷. Era un compendio ideológico con el que los demócratas difícilmente podían competir. Aunque ellos habían encabezado el giro neoliberal,

⁷ Sobre la noción de suplemento ideológico, véase Perry Anderson, «Testing Formula Two», *NLR* 8, marzo-abril de 2001, pp. 7-8 [ed. cast.: «La segunda fórmula a prueba», *NLR* 8, mayo-junio de 2001, pp. 7-8].

tenían la desventaja de su identificación con el orden anterior, durante el que habían sido demasiado tiempo el partido dominante. Los republicanos, sin esa dificultad de adaptación, se convirtieron en el partido natural de gobierno en un sistema político cuyo centro de gravedad se había desplazado estructuralmente hacia la derecha. El nuevo régimen de acumulación les favorecía.

3

Por debajo del giro en la preeminencia partidaria había también cambios sociológicos, el primero de los cuales afectaba a la clase obrera blanca. La reacción ultraconservadora y ultrapatriota contra las manifestaciones antiguerra y la redistribución de los niños en las escuelas dirigida a paliar la segregación había generado en su seno un voto patriotero y racial en favor de Wallace ya en 1968, y aún mayor en favor de Nixon en 1972. Pero cuando los salarios reales comenzaron a caer a partir de 1972 y los cambalaches tributarios empezaron a golpear sobre los ingresos familiares, los trabajadores perdieron las razones materiales para mantener su lealtad hacia el Partido Demócrata. Carter los había abandonado y muchos lo abandonaron a él. Reagan se ganó a una mayoría de ellos en 1980 y otra mucho mayor en 1984. El segundo cambio sociológico fue el desplazamiento en población y riqueza desde el nordeste y centro del país hacia el oeste y el sudoeste, donde el capital era más joven y estaba menos trabado, las pautas urbanas más dispersas, las tradiciones de organización obrera más débiles y el imaginario de frontera más fuerte. Allí, en California, una rebelión contra los impuestos a la propiedad inmobiliaria financiada por los promotores de la construcción había conseguido ya que se aprobara la Proposición 13, invalidando aquel mismo año la Revenue Act [Ley de Ingresos y Rentas] de Carter. Durante un siglo ningún candidato presidencial había salido de la región, de repente aparecieron Goldwater, Nixon y Reagan. Por último, y de forma más decisiva, el sur, que siempre había sido la parte más conservadora del país, convertida durante un siglo en un bastión demócrata en recuerdo a la derrota frente a Lincoln en la Guerra de Secesión, había comenzado a hacerse republicano tras la conversión de Johnson a los derechos civiles. Su paso como bloque regional de un partido a otro, el mayor cambio global en el electorado desde la abolición de la esclavitud, fue gradual⁸. Treinta años

⁸ En las elecciones presidenciales, Goldwater ganó en seis estados del sur en 1964; Nixon en ocho en 1968, y toda la región en 1972. Reagan ganó en todos excepto Georgia en 1980 y en todos en 1984. Pero en el Congreso el predominio republicano no llegó hasta 1994.

después, cuando el Sur estaba experimentando el crecimiento económico más rápido del país, llegó a ser prácticamente total.

La arrasadora victoria de Reagan en las urnas, con un programa que prometía liberar del gobierno a las empresas en el país y restablecer el poder y la confianza estadounidense en el extranjero, le dio la posibilidad de emprender de inmediato un giro radical en la legislación que se decidía en Washington, en particular, la más atrevida remodelación de la estructura tributaria que se hubiera producido nunca, reduciendo los impuestos para todos, pero sobre todo y en particular para los más ricos; asimismo derrotó la primera huelga nacional que se le puso por delante, la del sindicato de controladores del tráfico aéreo. Fueron iniciativas muy populares, que gozaron del apoyo de los dos partidos y de la mayoría de la opinión pública. Pero a pesar de su gran éxito político, las reducciones de impuestos no remediaron la recesión de Volcker y tuvieron que ser retiradas parcialmente, aun cuando se produjo otra ronda en el segundo mandato de Reagan. Las recetas neoliberales, en cualquier caso, eran más ideológicas que puramente económicas: en la práctica se requería una gran dosis de keynesianismo militar para mantener en marcha el crecimiento y los grandes aumentos de gasto en defensa, que sostenían la demanda, generaron déficits anuales tres veces mayores que con Carter. A partir de 1985, el alivio de la recesión de Volcker y la devaluación del dólar, combinadas con la reducción de los salarios y los favores tributarios, permitieron una recuperación de las exportaciones industriales, restaurando la rentabilidad de las empresas; pero el comportamiento de la economía estadounidense no mejoró sustancialmente. El dólar inicialmente alto, al atraer capital extranjero, aceleró la hipertrofia del sector financiero y aumentó el déficit comercial. El crecimiento general era menor que durante la década de 1970. Al final de la era Reagan, con su epílogo bajo el primer Bush, la deuda federal se había triplicado. El *impasse* que subyacía bajo el largo declive no se había resuelto.

4

Los demócratas, entretanto, se fueron ajustando a los parámetros del nuevo orden, al igual que hicieron los republicanos con el antiguo. Al cabo de un año de la reelección de Reagan en 1984 se formó el Consejo de Dirección demócrata con el fin de resituar al partido en línea con las exigencias del momento, abandonaron los anticuados compromisos con

el gasto público, las organizaciones obreras o las ayudas al bienestar, en favor de un «nuevo centrismo», defendiendo un Estado más ligero en el interior y más resuelto en el exterior. Al iniciarse la década de 1990, los movimientos de masas de cualquier tipo –obrero, estudiantil, negro, feminista, ecologista, de minorías sexuales– habían desaparecido de la escena. Clinton, señalado por los medios como el candidato más tranquilizador del Consejo de Dirección demócrata, obtuvo la presidencia en 1992 al escindir Perot al electorado republicano en un año de recesión. Una vez en la Casa Blanca, emprendió la vía opuesta a la de Reagan, elevando los impuestos para reducir el déficit con la creencia de que los mercados de bonos tenían la llave de la confianza de las empresas como motor de crecimiento. La reforma del bienestar, limitando las ayudas a los dependientes, envió a los mercados otra importante señal de que aquella iba a ser una administración responsable. La recesión cedió, el presupuesto pasó a una situación de superávit y al final del segundo mandato presidencial de Clinton la economía se expandía a gran velocidad.

Pero aquella expansión no era más sana que la de Reagan. La deuda expurgada de las cuentas públicas reapareció, enormemente magnificada, en las cuentas privadas de las familias y de las empresas, a causa de la desregulación financiera que se convirtió en un rasgo diferencial de la presidencia de Clinton. La derogación de la Ley Glass-Steagall volatilizó la separación que se había establecido durante el *New Deal* entre los bancos comerciales y de inversión, y la Commodity Futures Modernization Act [ley de Modernización de Futuros] acabó con cualquier restricción sobre los tratos comerciales extrabursátiles en derivados⁹. El capital extranjero, favorecido de nuevo por la elevada cotización del dólar, se precipitó a la bolsa de valores estadounidense, mientras la rentabilidad

⁹ En la celebración de la abolición de la Ley Glass-Steagall, el secretario del Tesoro Larry Summers anunció: «Hoy el Congreso ha aprobado la puesta al día de las reglas que han gobernado los servicios financieros desde la Gran Depresión y las ha sustituido por un sistema adecuado para el siglo XXI. Esta legislación histórica facilitará a las empresas estadounidenses la competencia en la Nueva Economía». Sandy Weill, presidente ejecutivo del Citigroup, que acababa de incorporar a la Junta Directiva al predecesor de Summers, Robert Rubin, y que sería multado con 2.650 millones de dólares –la sanción más alta en toda la historia de Wall Street– por sus actuaciones delictivas en el escándalo WorldCom, mostraba orgullosamente entre sus trofeos la pluma que utilizó Clinton para firmar la derogación de la ley Glass-Steagall: Jeff Madrick, *Age of Greed*, Nueva York, 2011, p. 349. El hombre de Weill en la Casa Blanca de Clinton, que le ayudó a asegurar la aprobación de la ley, fue Gene Sperling, más tarde a sueldo de Goldman Sachs y ahora presidente del Consejo Económico Nacional de Barack Obama.

en la industria volvía a disminuir. En la artificial euforia de los últimos años de Clinton, el endeudamiento hipotecario se vio azuzado por los pródigos préstamos gubernamentales, las empresas obtenían créditos con la garantía de la cotización de sus propias acciones, proliferó la especulación en empresas de alta tecnología recién creadas y la bolsa subió vertiginosamente. De hecho, el keynesianismo bursátil había sustituido al keynesianismo fiscal-militar, dopando la demanda doméstica lo bastante como para dar lugar a un breve periodo de alto crecimiento.

Bajo ese cambio subyacía una inflexión en el régimen de acumulación vigente desde principios de la década de 1980, comparable a la de mediados de la década de 1950 en el régimen anterior. Una vez más, el cambio vino desde el exterior. Esta vez fue la irrupción a gran escala de China en el mercado mundial la que lo impulsó, al reducir espectacularmente los costes laborales en la industria y ampliar, y a la vez financiar, el déficit comercial estadounidense, propulsando la deslocalización de las líneas de montaje estadounidenses a China y alimentando el capital ficticio en el país¹⁰. El Acuerdo del Plaza Inverso de 1995 dirigido a revalorizar el dólar fue el momento culminante, tanto para trasladar las empresas industriales a la República Popular China como para recuperar el dinero con el que se inflaron las burbujas bursátil e inmobiliaria de finales de siglo. A diferencia de las décadas de 1930 y 1980, pero de forma muy parecida a lo sucedido en la década de 1950, el cambio no fue propiciado por un modelo intelectual, sino que fue ofrecido en bandeja por las condiciones globales. Los bancos y las empresas, fondos de inversión y *start-ups* cosecharon los beneficios de la expansión planetaria de la economía capitalista mundial bajo el dominio monetario estadounidense, enaltecida a posteriori como «globalización» y «la gran moderación». Aquella inflexión no suponía apartarse del orden neoliberal tal y como se había concebido en Viena, Chicago o Minnesota, sino profundizar en él.

¹⁰ «Este enorme aumento de la política de la oferta cambió radicalmente la rentabilidad relativa del capital y la participación en la renta nacional del trabajo. Globalizó la inflación, lo que significaba que sus tasas se uniformizaron en todo el mundo, y atenuó la inflación a largo plazo. A continuación disminuyó la aversión al riesgo, y en la mayoría de los mercados emergentes el coste del crédito ha caído, mientras que la tasa de beneficio ha aumentado. No es de extrañar que aumentara mucho el crédito y financiara el *boom* en los precios de las acciones»: Michel Aglietta, «Into a New Growth Regime», *NLR* 54, noviembre-diciembre de 2008, p. 72 [ed. cast.: «Hacia un nuevo régimen de crecimiento», *NLR* 54, enero-febrero de 2009].

Políticamente, el clintonismo parecía haber favorecido la competitividad del gobierno demócrata respecto de los republicanos a partir de unas condiciones de partida menos favorables: no solo aceleró la financiarización de la economía, al tiempo que restauraba el equilibrio presupuestario, sino que transmitió un mensaje de prosperidad tanto a los modestos como a los opulentos. En 1996 banqueros y votantes aprobaron un segundo mandato presidencial para Clinton, quien recibió de Wall Street más dinero que Dole y obtuvo la mayoría en 31 estados con cerca de la mitad del electorado: no llegó a ser un triunfo como el de Reagan, pero sí suficiente, con una diferencia de género —el 11 por 100— prometedoramente amplia para el futuro del partido. Ideológicamente, el discurso de una Tercera Vía que reconciliaría la libertad económica con la cohesión social, prosperidad para los ricos y protección para los pobres, tenía mayor atractivo en el periodo posterior a la Guerra Fría, cuando la incontestable primacía estadounidense, con la desaparición del Imperio del Mal, hacía de la autoafirmación algo menos acuciante en la sensibilidad popular. Atendiendo a todas las variables habituales, tendría que haberle seguido otro éxito demócrata.

Las felaciones a Clinton en la Casa Blanca le costaron al partido, no obstante, las elecciones en 2000. El azar de una mala conducta sexual hizo volver a los republicanos por una ventaja infinitesimal. Sin embargo, aquella victoria obtenida de forma tan casual cristalizó una división de valores de intensidad creciente. Desde la década de 1960 se había desarrollado en Estados Unidos una contracultura más o menos bohemia que rechazaba las costumbres y creencias convencionales. Radicalizada por la oposición a la guerra de Vietnam, había servido como blanco adecuado para que Nixon pudiera unir a su causa a una mayoría silenciosa de patriotas respetuosos de la ley. Con el final de la guerra en Indochina se inició la despolitización de ese ámbito. Desde finales de la década de 1970, gran parte de lo que en otro tiempo fue la contracultura migró para formar parte de un sector menos rígidamente reglamentado, vagamente biempensante, de la propia vida burguesa, donde las fuerzas de mercado normalizaron el desdén hacia los tabús tradicionales convirtiéndolos en formas rentables de desublimación represiva¹¹. Esta mutación, de la que Clinton podría servir como un emblema chabacano, catalizó una reacción vehemente en las filas de los creyentes

¹¹ Proceso previsto desde mediados de la década de 1950 por Marcuse, quien acuñó ese término en *Eros and civilization*, Boston, 1959.

menos sofisticados, constituidos como mayoría ya no «silenciosa», sino «moral» –en realidad, otra minoría, la de los evangelistas–, contra la subversión atea de la vida decente. Esos grupos de raigambre conservadora se convirtieron con el tiempo en las tropas de choque de la movilización electoral republicana, empujando a las fuerzas contrarias –la simpatía hacia las minorías sexuales sería su emblema hoy día– al campo demócrata. Ahí reside, según creen muchos, una de las razones de la creciente polarización del sistema político¹².

5

En 2000 George W. Bush se benefició de esta tensión; si bien su campaña fue de tono moderado y su éxito no se debió a un llamamiento abierto al celo religioso; lo que le dio la Casa Blanca fue la captación de votantes nuevos, no una afluencia de los ya comprometidos. En 2004 esto había cambiado: su victoria por tres millones de votos llegó en buena parte de una movilización general de la base evangelista con la que el Partido Republicano ahora podía contar. Pero entre la base del partido y su alto mando seguía existiendo una distancia significativa. Desmintiendo su reputación como un régimen de la derecha radical, la presidencia de Bush fue en general pragmática en el terreno interno, no invirtió, sino que se adaptó a la inflexión de la acumulación neoliberal –y a la legitimación– heredada de Clinton. Frente a las mismas dificultades económicas que sus dos predecesores –al comienzo de su presidencia, una recesión cíclica; durante este, las insoportables presiones del largo declive–, Bush combinó las reducciones fiscales y el keynesianismo militar del primer mandato con el keynesianismo de precios de los activos

¹² Para descartar la idea de que significativos conflictos de valores dividen al electorado en general, aunque no a las minorías de cada lado, véase Morris Fiorina (con Samuel Abrams y Jeremy Pope), *Culture War? The Myth of a Polarized America*, Nueva York, 2005, pp. 15-25 y ss., y (con Samuel Abrams) *Disconnect: The Breakdown of Representation in American Politics*, Norman, Oklahoma, 2009; apoyado por Andrew Gelman, «Economic Divisions and Political Polarization in Red and Blue America», *Pathways*, verano de 2011, pp. 3-6, para quien los conflictos de valores se limitan a la clase media alta y los ricos, sin afectar al resto de la población. Que la polarización se enraíza, por el contrario, en conspicuas divisiones del sentimiento y las convicciones populares es un tema principal de la obra de Alan Abramowitz, *The Disappearing Center: Engaged Citizens, Polarization and American Democracy*, New Haven, 2011, y *The Polarized Public?*, Upper Saddle Valley, Nueva Jersey, 2013. No cabe dudar de que Abramowitz presenta hábilmente su argumento, ofreciendo como prueba más clara la consolidada división de los estados en «azules» (demócratas) y «rojos» (republicanos).

del segundo: el déficit público triplicó en tamaño el de Reagan, y el raudal de hipotecas multiplicó el de Clinton, llevando la deuda hipotecaria hasta los 11 billones de dólares en un momento en el que el PIB del país rondaba los 14 billones. Sus tres reducciones de impuestos superaron el récord de Reagan en tamaño, aunque no en su escoramiento –bastante pronunciado– hacia los más ricos. Se reforzaron las leyes sobre quiebra en favor de los acreedores. Una agresiva iniciativa dirigida a privatizar parte de la Seguridad Social, idea ya anunciada por Clinton, se quedó en nada. Con el apoyo de los dos partidos se recortaron las libertades civiles y los gastos en defensa se duplicaron.

Pero al igual que antes con la administración demócrata, en el ámbito doméstico el neoliberalismo del régimen republicano requería, dado su diseño compensatorio, un suplemento ideológico. Las hipotecas *subprime*, maná para los empaquetadores financieros y los banqueros presentadas como ayuda a los más desfavorecidos, fueron una típica herencia de Clinton. Pero por grande que fuera su peso económico, requerían además una agenda social. Bush se había presentado como un «conservador compasivo» y, una vez en la presidencia, hizo honor a su eslogan electoral: la ley «No child left behind act» aumentó el gasto federal en educación más que cualquier otro gobierno desde la Guerra contra la Pobreza, y la de Modernización y Mejora de la Prescripción de Medicinas –en palabras de un observador demócrata, «una masiva expansión del Estado asistencial– constituyó la mayor ampliación del seguro sanitario Medicare desde tiempos de Johnson. Incluso intentó reformar la ley de inmigración para regularizar la situación de los indocumentados y controlar la explotación en el empleo de los mismos por parte de los patronos; su propuesta fue bloqueada por la oposición en el Congreso, principal, pero no exclusivamente, de su propio partido. A raíz de los megaescándalos asociados a la desregulación financiera –Enron, WorldCom–, la Ley Sarbanes-Oxley instituyó débiles controles sobre el fraude empresarial, en lugar de permitirlo o fomentarlo como habían hecho Rubin y Summers. El balance general no fue, pues, el de una reacción social en toda regla.

En términos macroeconómicos, la dirección quedó en manos de la Reserva Federal, donde Greenspan respaldó la nueva ronda de reducciones de impuestos como estímulo al crecimiento, rebajando repetidamente los tipos de interés para mantener las cotizaciones en bolsa y alentar la generalización de las hipotecas *subprime*. Pero la burbuja financiera creada durante la década de 1990 no podía mantenerse eternamente. En el otoño

de 2008 sonó la llamada a capítulo para Bush y, ante el pánico general por el colapso de Lehman Brothers, la licuefacción del sistema bancario solo se pudo evitar mediante la compra de emergencia por el Tesoro de activos en riesgo de Wall Street por valor de 400.000 millones de dólares. Aquella debacle, herencia de la era de Clinton, aseguró la derrota de McCain pocas semanas después.

6

La victoria demócrata en las urnas fue, no obstante, algo más que un reflejo del crac financiero. Correspondía a un paulatino cambio histórico en la sociología del electorado desde la década de 1990 y que desde hacía tiempo se había predicho que acabaría alterando el equilibrio entre los dos partidos. Los ultraconservadores y ultrapatriotas conquistados por Nixon y Reagan se habían reducido: entre 1980 y 2010 la proporción de blancos sin enseñanza superior disminuyó del 70 al 40 por 100. La proporción del electorado no blanco –negros, mestizos y amarillos– se había duplicado desde la victoria de Clinton en 1992, pasando del 13 al 26 por 100. Desde entonces ningún republicano ha obtenido la mayoría en el segmento de mayor crecimiento, el de los hispanos. Y lo más importante, las mujeres que votan, cuya proporción ya había comenzado a ser mayor que la de los varones en la década de 1980, a partir de la de 1990 no solo lo ha votado mayoritaria e invariablemente por los demócratas, sino que su participación crece desproporcionadamente. En 2008 votaron alrededor de 10 millones más de mujeres que hombres. A esos dividendos demográficos se han ido añadiendo los efectos gradualmente acumulativos de la desregulación cultural, a medida que descendía la tasa de matrimonios y la proporción de creyentes confesos. En la década de 1950, más del 90 por 100 de los votantes estadounidenses menores de treinta años estaban casados; hoy día sólo lo está menos del 30 por 100. Las parejas casadas constituyen ahora solo el 45 por 100 de los hogares, aquellos con niños representan tan solo el 20 por 100. Más de una cuarta parte de la población ya no se considera a sí misma cristiana¹³.

Esa relajación del corsé cultural –compatible, por supuesto, con el conformismo o el beneplácito hacia los mercados– ha ido más lejos en los dos grupos históricamente más afectados por la domesticación de la

¹³ Sobre esas cifras, véanse A. Abramowitz, *Disappearing Center*, cit., p. 129; *The Economist*, 25 de junio de 2011.

contracultura, la juventud y los profesionales ricos, que ahora son depósitos privilegiados de votos demócratas, y ha afectado de forma decisiva al Cinturón del Sol: California, el estado más poblado del país, se hizo mayoritariamente demócrata a mediados de la década de 1990, del mismo modo que el sur se hizo mayoritariamente republicano. El efecto neto de esos cambios ha sido sustituir lo que en otro tiempo se podía entender como política de clase por lo que parece ahora más próximo a la política identitaria como base de la formación de coaliciones y de la movilización electoral. En ese proceso los condicionantes tradicionales relativos a los ingresos han ido perdiendo importancia o convirtiéndose en su opuesto¹⁴. De forma significativa, en 2008 una mayoría de los votantes blancos que vivían con menos de 50.000 dólares al año votaron por McCain, y la mayoría de los que ganaban más de 200.000 dólares al año, por Obama. Cuatro años después, ocho de los diez condados más ricos del país votaron por Obama. En cada una de esas cunas de la plutocracia, el margen de su victoria electoral fue mayor que la media nacional¹⁵.

La crisis financiera, los cambios demográficos, la transformación socio-cultural: en las postrimerías de la presidencia de George W. Bush todo favorecía a los demócratas. El candidato Obama añadía a todo esto su propia carga simbólica. Ganó la candidatura en 2008 porque el Partido Demócrata –en el que, como en el republicano, había imperado hasta entonces la regla heredada de la oligarquía inglesa premoderna de que el primero se lo lleva todo, como parte de un sistema inamovible en el terreno de la acción política pública– tuvo por primera vez representación proporcional en todas las elecciones primarias. Si se hubiera aplicado la regla tradicional del ganador absoluto, la esposa de Clinton, que ganó en siete de las diez mayores circunscripciones estatales, habría obtenido

¹⁴ La defensa más argumentada de la tesis de que sigue existiendo una clara división económica entre los electorados demócrata y republicano, predominando los menos favorecidos en el primero y los más favorecidos en el último, queda expuesta en *Polarized America*, Cambridge, Massachusetts, 2008, de Nolan McCarty, Keith Poole y Howard Rosenthal. Estos argumentan que el «efecto renta» supera todos los demás factores determinantes del comportamiento de los votantes. El libro apareció antes de las dos victorias electorales de Obama y sus afirmaciones corren el riesgo de quedar desfasadas a la luz de sus resultados. En 2012 votaron por Obama «únicamente un tercio de los blancos no titulados [esto es, de clase obrera], el peor resultado desde que Walter Mondale quedó enterrado por la abrumadora victoria de Ronald Reagan en 1984»: Ronald Brownstein, «Why Obama Is Giving Up On Right-Leaning Whites», *The National Journal*, 31 de enero de 2013.

¹⁵ Paul Toscano, «Obama Wins 8 out of 10 Wealthiest Counties in US», CNBC, 7 de noviembre de 2012, basado en datos de la Oficina del Censo sobre los ingresos medios por familia en 2006-2011.

fácilmente la nominación¹⁶. En definitiva, el cambio de reglas dio lugar al candidato perfecto para el momento: no solo más joven, más simpático y más elocuente, sino más atractivo para las minorías de las que dependía la victoria. La imagen, que en la política del espectáculo importa siempre más que la realidad, suele requerir proyección; pero aquí, en la percepción del color, era literal, permitiendo erigir una leyenda edificante (una autobiografía bajo contrato antes incluso de graduarse) en torno a la realidad con desacostumbrada velocidad y facilidad.

Obama, personificación del triunfo nacional sobre los prejuicios de raza, vindicación del sueño americano del éxito posible para todos, devoto pero reconciliador moderado de las divisiones, portador de esperanza para los desatendidos y afligidos, podía servir como asidero para todo tipo de identificaciones populares inspiradoras. Su historial y trayectoria reales, alejados de cualquier gueto –como McCain, es producto de uno de los puestos avanzados en ultramar del imperialismo estadounidense durante el cambio de siglo (Panamá, Hawái); abuela tutelar, primera mujer vicepresidente de un banco del país; educado en una de las mejores escuelas privadas de Estados Unidos (se estima que el valor de Punahou ronda los mil millones de dólares); estudios en Columbia y Harvard–, solo podían ser irrelevantes para estas. Una vez investido con la autoridad del cargo, su atractivo y aplomo han generado un gobernante célebre, en el que el color releva al estilo para proporcionar un Kennedy de una época multicultural y que suscita el mismo tipo de *engouement* en la intelectualidad local que entre sus homólogos en el extranjero. En el conjunto del electorado el color sigue generando división, pero sus vectores se han alterado. En la correlación de fuerzas entre los dos partidos, el racismo, todavía generalizado, aunque ahora en gran medida silente, ha pasado de ser un activo subrepticio a una clara desventaja. Entre los votantes, la perspectiva del primer presidente que solo es blanco a medias suscitaba menos hostilidad que entusiasmo podía despertar la del primero medio negro.

La cuestión del color, decisiva en la victoria de Obama en las urnas, apenas ha afectado a su ejecución como presidente. Bajo su gobierno uno de cada cinco varones negros ha seguido conociendo la cárcel, sin una sola palabra desde la Casa Blanca sobre esa cuestión. Los índices de desempleo y pobreza

¹⁶ California, Texas, Nueva York, Florida, Pensilvania, Ohio y Michigan. Es tal el provincialismo de la ciencia política y del debate en general en Estados Unidos que esos detalles del éxito de Obama apenas han merecido un comentario, por no hablar de una reflexión profunda.

entre los negros no han variado. Las prioridades del Gobierno demócrata se han situado en otros terrenos. Su primera preocupación, era sin duda, como no podía ser de otra manera, la contención de la crisis financiera: los bancos habían sido rescatados por Bush, pero a raíz del crac la economía estaba en caída libre. Para ponerle freno se decidió un estímulo de emergencia de 800.000 millones de dólares –la American Recovery and Reinvestment Act [Ley de Recuperación y Reinversión Americana]–, cuyo componente singular más importante (37 por 100) volvía a ser la reducción de impuestos. Pero esta vez el gasto en infraestructuras, investigación, energía y necesidades sociales constituía casi la mitad del total (45 por 100) en un paquete ensalzado por sus admiradores como un «*New New Deal*»¹⁷. La reforma de la sanidad, en la que Clinton había fracasado, era la siguiente prioridad. Con el respaldo del sector de los seguros y de la Asociación Médica Americana y una mayoría demócrata a prueba de filibusterismo en el Congreso, Obama pudo ahora conseguir que se aprobara la Affordable Care Act [Ley de Protección al Paciente y Cuidados Sanitarios Asequibles] que trataba de hacer universal la cobertura sanitaria, reduciendo lo bastante sus costes como para que se autofinanciara. Para evitar nuevas turbulencias financieras, la Ley Dodd-Frank de Reforma de Wall Street y Protección del Consumidor multiplicó las agencias de supervisión de Wall Street y los deberes de las existentes. Para mantener la vigilancia contra el terrorismo, el Gobierno amplió las grabaciones sin garantías permitidas por la Patriot Act. Para concluir, el presupuesto militar, que llegaba a los 629 millardos de dólares cuando Bush abandonó la presidencia, volvió a aumentar con Obama hasta los 707 millardos en 2012. La deuda pública, de 10,7 billones de dólares en 2008, ha aumentado hasta cerca de 16 billones al final de su primer mandato.

7

Cabe constatar lo poco que han cambiado los parámetros del sistema político con la vuelta de los demócratas a la Casa Blanca cuando se

¹⁷ La alabanza más eufórica de la administración ha sido la publicada por Michael Grunwald, *The New New Deal*, Nueva York, 2012, según la cual el estímulo fue más de un «50 por 100 mayor que durante todo el *New Deal*, el doble que la compra de Luisiana y el Plan Marshall juntos», «la mayor y más transformadora ley de energía en toda la historia de Estados Unidos», «la mayor y más transformadora ley de reforma de la educación desde la Gran Sociedad», «la mayor incursión en la política industrial desde Franklin Delano Roosevelt», «la mayor reducción de impuestos a la clase media desde Ronald Reagan», «la mayor inversión en investigación de la historia», etcétera, todo esto a cargo de un autor capaz de decir que «nada en la vida excepto la paternidad merece la hipérbole» (*sic*): pp. 10-11, 448.

observa el grado de continuidad de las agendas de los presidentes Bush y Obama. Ambos gobernantes, como Reagan antes que ellos, asumieron la presidencia en un momento de recesión y respondieron con reducciones de impuestos para avivar la economía. Ambos tomaron débiles medidas para poner freno a los excesos financieros. Ambos ampliaron los cuidados sanitarios para ganar apoyo social. Ambos aumentaron los fondos federales dedicados a la educación. Ambos pretendieron reformar el control de la inmigración. Ambos aumentaron el gasto militar y limitaron las libertades civiles. Ambos hicieron aumentar el déficit. La principal diferencia ha sido el tamaño y dirección de los pagos colaterales que ha realizado cada uno de los dos partidos, con un marco regido por el requerimiento conjunto de la confianza de los empresarios y el apaciguamiento de los votantes, bajo las condiciones de un comportamiento económico en deterioro. Durante el gobierno republicano, el suplemento ideológico que mantenía el régimen se convirtió en un nacionalismo hiperbólico, impulsando las represalias por el 11 de Septiembre y encubriendo los favores fiscales hacia los ricos. En 2008 la duración y resultado de las sucesivas expediciones militares habían agotado esa fórmula, abriendo la vía a una alternativa demócrata algo más cercana al llamamiento original de Bush, que en la jerga local se conocía como «liberalismo compasivo», incluyendo el aumento del gasto público y el alivio de la presión fiscal para los más desfavorecidos.

Esas diferencias políticas fueron suficientes para devolver a Obama a la Casa Blanca en 2012, pero apenas alteran los límites establecidos desde los días de Carter y Reagan. Los dispersos desembolsos de los estímulos federales, a menudo recortados por la contracción fiscal a escala estatal, han dejado fríos a la mayoría de sus receptores. La pieza central de la reforma demócrata, la Affordable Health Care Act, es un plan mucho más ambicioso que la Medicare Prescription bill [Ley de Prescripción de Medicinas] de Bush, pero está concebida según el mismo molde: ampliación de la asistencia social a cambio de un gigantesco regalo a la sanidad privada, esto es, la garantía de un mercado subsidiado por el Estado para las carísimas medicinas de las empresas farmacéuticas, por un lado, y ampliación por decreto de la clientela de las compañías de seguros y sus sobrecargadas facturas, por el otro¹⁸. En teoría, un sistema universal de

¹⁸ En las agradecidas palabras del principal encomio de la Ley, tras las oportunas fotos de la Casa Blanca en la portada, leemos: «En cuanto a los negocios en el vasto sector de cuidados sanitarios de la economía estadounidense, van a disfrutar, en conjunto, de más clientes y oportunidades para el crecimiento y los beneficios [...]. Los inversores

cuidados sanitarios que obliga a todo adulto solvente con menos de 65 años a contratar un seguro privado es, en la práctica y principalmente, una ampliación del Medicaid, pero deja todavía a alrededor de 30 millones de estadounidenses sin seguro¹⁹, y al resto, enredados en un sistema aún más complejo y opaco que el anterior (la Ley correspondiente tiene 900 páginas). A su debido tiempo algunos sectores de la población se beneficiarán de ella, aunque no tanto como los que a partir de ahora se lucrarán de la misma, por eso no cabe sorprenderse de que el entusiasmo por la reforma haya sido tan escaso y las sospechas, tan generalizadas.

En 2012, muy consciente del escaso atractivo popular de la ley de Cuidados Sanitarios Asequibles y de la relativa invisibilidad de los efectos de la Ley de Recuperación y Reinversión, el Gobierno pasó a la ofensiva, con mucho mayor efecto político, contra los favores tan generosamente distribuidos a los ricos por los republicanos. La importancia práctica de ese giro, ideológicamente decisivo para la reelección de Obama en 2012, ha sido limitada: un mero 5 por 100 de aumento en el mayor tipo impositivo sobre los ingresos de los muy ricos, a cambio de un aumento del 2 por 100 en el impuesto sobre la renta del trabajo personal de quienes no lo son y el mantenimiento de las reducciones fiscales de Bush para todos los que ganan menos de 400.000 dólares al año. Al repasar esas medidas, un acérrimo seguidor de Obama se sintió obligado a quejarse de que un presidente «cuya plataforma consiste en la ley de cuidados sanitarios de Mitt Romney, la política medioambiental de Newt Gingrich, las reducciones de impuestos sobre el trabajo financiadas por el déficit de John McCain, los rescates de George W. Bush a los bancos y empresas quebradas y una mezcla de los tipos impositivos de Bush y Clinton» estuviera siendo caricaturizado por los republicanos como una amenaza para el capitalismo²⁰. Los

en el sector sanitario saben cómo atravesar la niebla ideológica y partidaria hasta ver el fondo económico fundamental»: Lawrence Jacobs y Theda Skocpol, *Health Care Reform and American Politics: What Everyone Needs to Know*, Nueva York, 2010, p. 135; el día que se aprobó la ley, Wall Street alcanzó su máximo en 18 meses. La principal arquitecta de la ley, Elizabeth Maurer –quien trabajaba bajo el mando del principal receptor senatorial de dinero del sector sanitario, Max Baucus– fue vicepresidenta de relaciones públicas de WellPoint, la mayor compañía de seguros estadounidense. Obama la nombró a continuación para redactar la ley. Dos años después, volvió a su hábitat natural como alta ejecutiva del gigante farmacéutico Johnson&Johnson. Un incisivo resumen del fondo político y social de la ley se puede leer en Edward Luce, *Time to Start Thinking*, Nueva York, 2012, pp. 228-231; y para una crítica profunda y aún más devastadora, véase Roger Hodge, *The Mendacity of Hope*, Nueva York, 2010, pp. 129-149.

¹⁹ En cuanto al número de los que seguirán sin seguro, véanse las estimaciones de la Oficina Presupuestaria del Congreso, citadas en «Court's Ruling May Blunt Reach of the Health Law», *The New York Times*, 24 de julio de 2012.

²⁰ Ezra Klein, «Block Obama!», *The New York Review of Books*, 27 de septiembre de 2012.

intentos de los más entusiastas de presentar los logros del Gobierno como un segundo *New Deal* se equivocan de paradigma; su lustre igualitario se parece más a las vacuidades gimnásticas de la Nueva Frontera de Kennedy.

8

Los estímulos de Obama sirvieron para impedir que la economía estadounidense cayera en picado en 2010: según las estimaciones convencionales, salvó alrededor de tres millones de puestos de trabajo y el 6 por 100 del PIB, un poco menos que el impacto combinado del Programa de Alivio de Activos con Problemas (TARP) de Bush y la relajación monetaria de la Reserva Federal²¹. Pero el crecimiento siguió siendo anémico –solo un 2 por 100 durante todo el primer mandato de Obama– y el desempleo se mantuvo alto: oficialmente se calcula en alrededor de 12 millones de personas, un 8 por 100 de la mano de obra²². Pero dado que el crac financiero de 2008 fue una conmoción mayor que la sufrida por cualquier otro país capitalista importante, la respuesta resultó eficaz a corto plazo. Los principales países europeos, con menos riesgos, salieron peor parados: durante el mismo periodo de crisis, el crecimiento en Alemania alcanzó una media del 0,7 por 100; en Francia el 0,075 por 100; en Gran Bretaña menos del 0,2 por 100 y en Italia menos del 1,45 por 100. El comportamiento económico ha seguido la pauta de la política: austeridad fiscal para equilibrar los presupuestos en Europa, abundancia presupuestaria para contrarrestar la recesión en Estados Unidos. La clave de la supervivencia política de Obama ha sido, no obstante, el privilegio del señoreaje estadounidense: la capacidad de Estados Unidos, y solo suya, de incurrir en el déficit que le plazca sin gran riesgo de ahuyentar a los tenedores extranjeros de bonos. Aunque su desequilibrio comercial se sigue ampliando continuamente y su deuda pública aumenta, Estados Unidos sigue siendo la fortaleza central de la economía capitalista mundial y, en una época de incertidumbre general, el puerto más seguro para los propietarios de todas partes. Por improvisadas que fueran las medidas

²¹ Alan Blinder y Mark Zandi, «How the Great Recession Was Brought to an End», 27 de julio de 2010, p. 7; disponible en el sitio web de Moody's Analytics.

²² La auténtica cifra, que incluye los trabajadores marginados que ya ni siquiera buscan empleo, está probablemente por encima de los 14 millones; véase Mort Zuckerman, «How We Can End Our Modern-Day Depression», *US News and World Report*, 1 de febrero de 2013. Entre 2000 y 2011 la tasa de ocupación disminuyó del 64 al 58 por 100 de la población: E. Luce, *Time to Start Thinking*, cit., p. 92.

del Gobierno demócrata, sirvieron al menos para evitar el agujero en el que amenazaba hundirse la economía estadounidense.

Las tendencias económicas a largo plazo son otra cuestión. En su campaña por la reelección, Obama denunció la abismal distancia entre los superricos y la «clase media» –eufemismo que se aplica allí al resto de la población, ya que la sociedad estadounidense no contiene, por definición, clases bajas–, prometió arreglar los problemas simplemente con impuestos más justos. La retórica y la realidad tienen pocas conexiones. Con Obama la desigualdad ha seguido aumentando. Un año después del Programa de Alivio de Activos con Problemas, cuando uno de cada seis estadounidenses estaba sin empleo y los sindicatos habían perdido la décima parte de sus afiliados, el famoso 1 por 100 de los más ricos en lo alto de la pirámide de ingresos se quedó con el 93 por 100 de todas las ganancias y Wall Street distribuyó entre sus ejecutivos la segunda mayor cantidad de primas de la historia, 140.000 millones de dólares. En 2011, al tiempo que 45 millones de estadounidenses tenían que recurrir a las cartillas de alimentos y el salario medio caía el 2,7 por 100, los beneficios empresariales fueron un 50 por 100 mayores que en el momento del crac y el índice Gini registró su mayor salto en un solo año desde 2003²³. El gran capital ha salido muy bien librado de la Gran Recesión, y cuanto más grande fuera el capital, mejor. Al concluir el primer mandato de Obama, los diez mayores bancos controlaban alrededor del 50 por 100 de todos los activos y los dos mayores –Bank of America y JP Morgan– contaban cada uno de ellos con más de 2 billones de dólares.

Hasta ahora ha habido pocas protestas populares. El único intento de organizarlas, el movimiento Occupy, no consiguió encender un gran movimiento de masas. Aun cuando sus reivindicaciones cabían –con gran facilidad– en la plataforma presidencial, solo tuvieron un seguimiento limitado. Una campaña que ponía de relieve la arrogancia y egoísmo de los ricos, personificados por su multimillonario adversario, mantuvo a Obama en la presidencia, pero no galvanizó ningún entusiasmo popular. La participación en las elecciones fue menor que en 2008; Obama perdió alrededor de 4 millones de votantes y su adversario

²³ Jeff Madrick, *Age of Greed*, cit., p. 397; Daniel Gross, *Better, Stronger, Faster*, Nueva York, 2012, p. 52; Timothy Noah, «The Equality Inaugural», *The New Republic*, 21 de enero de 2013. Los ingresos medios cayeron más durante la «recuperación» de 2009-2011 que durante la «recesión» de 2007-2009: E. Luce, *Time to Start Thinking*, cit., p. 272.

ganó medio millón. Como sus predecesores, el presidente volvió a la Casa Blanca con el consentimiento de alrededor de una cuarta parte de la población adulta. El estado de ánimo predominante, sin gran indignación ni fervor, sigue siendo un quietismo despolitizado.

9

Es precisamente ese persistente ambiente de apatía de masas lo que concede a las minorías activas cierto poder en el sistema político, más allá de su número. La polarización de perspectivas que se suele suponer como su mayor desgracia es en realidad su gran oportunidad. En el vacío que deja la mayoría —una ciudadanía desorganizada y pasiva dispersa en un vasto continente— las pasiones de los pocos que disponen de la voluntad y de los medios para movilizarse cobran una peculiar intensidad, poco afectada por la abulia circundante. Pero como se suele señalar, esa polarización ha sido asimétrica. Por el lado demócrata, el celo ha permanecido poco más o menos allí donde estaba desde el final de la era del *New Deal*: un centrismo ahora animado por un mayor desdén hacia sus oponentes, aunque menos radicalizado en lo que se refiere a las posiciones sustantivas, a excepción de las cuestiones culturales. En el lado republicano, por el contrario, se ha dado una notable radicalización en el marco de un desplazamiento hacia la derecha que ha suscitado una abundante literatura²⁴. ¿Cómo se explica esa asimetría?

²⁴ Típicamente acompañada por nostálgicas esperanzas de un regreso a la tradicional moderación estadounidense, a menudo con argumentos acerca de que la creciente desigualdad social ha sido un factor determinante clave de la polarización política. Así A. Hacker y P. Pierson —tras documentar detalladamente la corrupción del sistema político y sus consecuencias, y decidir a continuación, que aunque solo «mordisquea sus bordes», el mandato de Obama ha sido después de todo «genuinamente impresionante»— concluyen que, sin embargo, «los guardianes de la moderación necesitan ayuda», para que pueda prevalecer «un capitalismo vibrante y dinámico»: *Winner-Take-All Politics*, cit., pp. 301-302, 304. Por otro lado, N. McCarty, K. Poole y H. Rosenthal, tras exhibir la gran correlación que se puede detectar entre el aumento de la desigualdad y el de la polarización, expresan el deseo de que «vuelvan los Sam Rayburn, John Heinze, Dan Rostenkowski, Sam Nunn y demás, y traigan alguna sensatez a nuestra política. Como ciudadanos, esperamos que vuelva la moderación antes de que se produzcan serias grietas en nuestras instituciones»: *Polarized America*, cit., p. 203. Lo cierto es que Rostenkowski fue encarcelado por corrupción y luego indultado por Clinton, junto con el desenfrenado financiero Marc Rich y otros, en su memorable último día en la presidencia. Uno de los autores mencionados ocupó en otro tiempo la cátedra Kenneth Lay de Ciencia Política en la Universidad de Houston.

No es nada nuevo. La estructura del universo ideológico capitalista –un firmamento mental en el que todas las fuerzas del espectro político consideran verdades incuestionables la santidad de la propiedad privada y la superioridad de la empresa privada– es tal que, en todo momento, tenderá a ofrecer más elasticidad hacia la derecha de su centro de gravedad que hacia la izquierda, ya que el sistema de creencias básico concede mayor articulación y atractivo a las formas puras que a las diluidas. Las cosas no eran así durante la situación de emergencia –Gran Depresión y guerra– de las décadas de 1930 y 1940, cuando el papel del Estado en el sostén del mercado y la defensa de la nación eran demasiado evidentes como para ser negadas en general. Pero tan pronto volvió la paz, se desató una reacción cuya primera señal fue la Ley Taft-Hartley.

Desde entonces cuatro rasgos característicos han llegado con el tiempo a marcar la cultura política de la infantería republicana y a alejarla de cualquier partido conservador europeo. El primero y fundamental es cierta hostilidad hacia el Estado, arraigada en las tradiciones de la frontera y reforzada en el credo estadounidense, algo prácticamente desconocido en otros lugares. El segundo ha sido el desarrollo de un nacionalismo peculiar de Estados Unidos en tanto superpotencia capitalista en su lucha contra el comunismo, intrínsecamente más hiperbólico que en cualquier otra sociedad occidental. El tercero reside en la conquista republicana del sur, donde se mantiene tenazmente el racismo del Nuevo Mundo que tuvo su origen en una sociedad esclavista colonial sin equivalente en el Viejo y que se ha convertido en un activo no declarado en la cartera afectiva del partido. El cuarto comprende las nuevas marcas del mercado tradicional del fanatismo religioso, incorporadas a la causa republicana a medida que la secularización comenzaba a invadir los electorados demócratas. No fueron capas simultáneas, sino sucesivas, en el palimpsesto de la base republicana. Dos de las cuatro –raza y religión– fueron herencias tardías del bloque demócrata, originalmente vinculado al Cinturón Bíblico y a las leyes segregacionistas de Jim Crow; los derechos civiles fueron aprobados en el Congreso gracias al voto de los republicanos del Medio Oeste liderados por McCulloch (Ohio) y Dirksen (Illinois) y los fontaneros de Nixon no le habrían dado ni la hora a un pastor con alzacuellos. Incluso el tercero, el nacionalismo expansionista, fue solo una pasión intermitente: los incondicionales de la generación de Taft eran aislacionistas, no imperialistas. Pero a su debido tiempo la Guerra Fría trajo el imperio, Johnson les cedió la raza y el telepredicador Jerry Falwell, cofundador de la Mayoría Moral, metió a Dios en el partido.

Ese cóctel iba a embriagar a la base republicana. Su alto mando, sólidamente anclado en los grandes negocios desde la Reconstrucción, permaneció más sobrio. En una pauta iniciada en la década de 1950, los estallidos de extravagancia desde abajo fueron contrarrestados por los más realistas desde arriba, chocando una oleada tras otra contra la *raison de parti* en la competencia electoral. Joe McCarthy fue censurado formalmente por el Comité Watkins; la John Birch Society y su fundador Robert w. Welch fueron marginados por *The National Review* de w. F. Buckley; Goldwater fue aplastado en las urnas; hasta Reagan acabó desilusionando a los puristas; Gingrich se desinfló; Robertson implosionó. Es poco probable que el último de esos avatares, el Tea Party, vaya a perdurar²⁵. Incluso en un año en el que los comentaristas percibían de forma casi unánime al Partido Republicano hundido en una demencia extremista colectiva, nunca antes contemplada, ninguno de sus alborotadores estuvo cerca de obtener la nominación presidencial, que acabó en una fácil victoria para el candidato más convencional del *establishment*. Su delegación para el Congreso –en palabras de una autoridad, a «años luz» de la derecha del partido en 2000-2004²⁶– eligió unánimemente como presidente de la Cámara de Representantes a John Boehner, líder desde 2007 del grupo republicano y arquetipo del político moderado de la vieja escuela del medio oeste.

Esto no quiere decir que no haya cambiado nada desde la década de 1990. El mayor peso del sur en el bloque republicano y la pérdida de la costa oeste han endurecido y afilado el conservadurismo estadounidense. Las cartas de la raza y la religión se han convertido en un caso perdido; el imperio ha pasado a manos de su oponente. El antiestatismo sigue siendo una de sus bazas; el propio Tea Party marca un desplazamiento

²⁵ Sobre la continuidad en la política de la derecha popular en Estados Unidos, véanse los ensayos escritos aproximadamente entre 1955 y 1965 por Richard Hofstadter. «La derecha moderna, como la llama Daniel Bell, se siente desposeída: les han quitado Estados Unidos, a ellos y a sus afines, aunque están decididos a recuperarlos». Conviene observar que «todo el movimiento de derechas» no solo estaba influido por predicadores fundamentalistas, sino «empapado entre las masas por el estilo de pensamiento fundamentalista», Hofstadter recordaba a sus lectores, evocando lo apasionadamente que habían defendido los protestantes rurales y de las pequeñas ciudades de la década de 1920 los valores culturales que resurgían en el periodo de Goldwater, cuando *–plus ça change–* «la mayor dificultad que afrontaba la derecha como fuerza dentro del Partido Republicano es su incapacidad para impulsar y sostener líderes nacionales». El Tea Party es menos radical que muchos de sus seguidores, para quienes la nominación de Eisenhower significó «ocho años más de socialismo» y Dulles era un «agente comunista»: *The Paranoid Style in American Politics* [1952], Cambridge (MA), 1996, pp. 23, 73, 78-79, 45, 28.

²⁶ Theda Skocpol, *Obama and America's Political Future*, Cambridge (MA), 2012, p. 47.

del fanatismo moral al fiscal²⁷. En Estados Unidos, donde hay más propietarios de pequeños negocios que sindicalistas, eso encuentra una base social en el estrato de pequeños patronos que pueblan el Tea Party y que constituyen el 40 por 100 de la nueva promoción republicana en la Cámara de Representantes. Pero los impuestos han perdido su preeminencia como bandera de enganche, y ahora funcionan más como santo y seña de defensa que de ataque. El partido, desalentado por la derrota de 2012, pero insuficientemente trastornado por un resultado nacional que estadísticamente resulta todavía bastante ceñido, parece haber perdido el rumbo, pero es probable que la carrera pese más que la convicción a medida que se despliega la realidad electoral. El oportunismo no es monopolio de los demócratas. En el pasado, las conversiones a tiempo han hecho de más de un antiguo republicano moderado un conservador intransigente²⁸, y cabe esperar virajes en la dirección opuesta entre los ultras de hoy día.

IO

Entretanto, los demócratas tienen todas las bazas. Las proyecciones demográficas les favorecen, al hacerse cada vez mayor en el electorado la proporción de la generación Y, (esto es aquellos nacidos entre 1980 y 2000), y de los hispanos, mientras que la de los blancos declina²⁹. La ventaja ideológica se ha desplazado también en su dirección y probablemente aumentará, en la medida en que la raza y la religión se convierten

²⁷ Las encuestas informan de que «aproximadamente la mitad de los seguidores del Tea Party dicen que no han oído hablar de la derecha religiosa ni tienen opiniones muy firmes sobre ella, y alrededor de uno de cada diez expresan un gran desacuerdo con el conservadurismo religioso»: Theda Skocpol y Vanessa Williamson, *The Tea Party and the Remaking of Republican Conservatism*, Nueva York, 2012, cit., p. 36.

²⁸ Cheney criticó en su momento la represión de las protestas en los campus, pidiendo «mayor comprensión y moderación al responder a las preocupaciones y desórdenes estudiantiles»; Rumsfeld fue un joven moderado en rebeldía contra sus mayores reaccionarios; Gingrich, un seguidor de Nelson Rockefeller; Mitch McConnell se burlaba del Gobierno de Nixon considerándolo «en su peor aspecto, completamente reaccionario y en el mejor, totalmente indeciso»: Geoffrey Kabaservice, *Rule and Ruin*, Nueva York, 2012, pp. 267, 132, 242, 320.

²⁹ Para un brillante análisis de esas tendencias y de las tensiones concomitantes dentro del bloque republicano, véase Mike Davis, «The Last White Election», *NLR* 79, enero-febrero de 2013, pp. 5-52. Este también ofrece el informe más expresivo de la consolidación del poder republicano a nivel estatal en sus bastiones del Sur y el Medio Oeste y de su importancia en el «extraño y complejo planetario» del sistema político estadounidense en general, donde a escala federal, el Tribunal Supremo circula en otra órbita generalmente conservadora: pp. 12, 46-47 y ss. [ed. «Las últimas elecciones blancas», *NLR* 79, marzo-abril de 2013]

en lastres, más que en ventajas en la construcción de una mayoría electoral; además, el país ya no parece correr tantos peligros en el exterior. Tras la inesperada victoria de Bush en 2000, la Guerra contra el Terror ofreció el suplemento de un nacionalismo hiperbólico para la consolidación republicana en el poder en 2004; pero al desinflarse la batalla contra el terrorismo, como antes contra el comunismo, la administración del imperio ya no requiere un ambiente de *emergencia* nacional. Del mismo modo que en la década de 1990, el bastón de mando estratégico pudo pasar sin ningún incidente a Clinton, reajustando socialmente la fórmula para el dominio neoliberal, hoy día Obama puede dar un giro cultural sin temor a ser vencido en una puja de seguridad imperial, dejando la versión republicana reducida al tema menor de la impuestofobia.

En la ampliación de la brecha entre estas dos tendencias, se ve el predominio demócrata en los principales medios de comunicación. Pese a todos sus intentos y esfuerzos, los altavoces republicanos en las tertulias radiofónicas y televisivas ahora solo hablan para los convencidos. La formación de opinión allí donde importa, entre los acomodados y los más instruidos, así como entre el sector independiente del electorado, es territorio de los medios de prensa dominantes. Allí, los regímenes unipartidistas en los estados de tradición republicana tienen ahora una contrapartida demócrata. En la capital solo algo menos del 90 por 100 de los jefes de redacción votaron por Clinton en 1996³⁰. Los departamentos universitarios son solo un poco menos monolíticos, cerca del 80 por 100 de su personal votó por Kerry en 2004³¹. En 2012 los principales periódicos de todas las ciudades importantes fuera del sur –Nueva York, Los Ángeles, Chicago, Filadelfia, Denver, Boston, Washington– respaldaron a Obama. Con un presidente que sintoniza por fin con su sensibilidad, la prensa y las instituciones académicas tienen motivos para sentirse complacidas.

La demografía y la ideología no son los únicos terrenos en los que el equilibrio de fuerzas ha cambiado. A mediados de la década de 1970, antes del establecimiento del nuevo régimen de acumulación, los costes de campaña de un desafío exitoso a un miembro del Congreso por parte de su contrincante rondaban los 100.000 dólares; en 2002 eran de un millón y medio de dólares. El gasto total en las contiendas presidenciales aumentó de forma más gradual, desde alrededor de 300 millones de

³⁰ Thomas Edsall, *Building Red America*, Nueva York, 2006, p. 101.

³¹ Neil Gross y Solon Simmons, «The Social and Political Views of American Professors», documento de trabajo, septiembre de 2007, p. 36.

dólares durante las décadas de 1980 y 1990 a 400 millones en 2000, antes de saltar hasta los 850 millones en 2004, cuando Bush y Kerry sobrepasaron los 400 millones cada uno. Cuatro años después, Obama superó todos los límites de la financiación privada para acumular un total de más de 800 millones de dólares, aplastando a McCain en la mayor victoria financiera de la historia electoral estadounidense: una proporción de 68 a 32 por 100, muy por encima de su mayoría en las urnas y que abría la vía para nuevos excesos en ese terreno. Una vez en la presidencia, Obama no perdió ni un minuto en establecer un nuevo récord en la búsqueda de dinero en efectivo. Al cabo de cinco meses de su toma de posesión, ya estaba pidiendo donaciones. A mediados de 2011, cuando todavía faltaba un año para las elecciones, había recaudado más fondos que Carter, Reagan, el primer Bush y Clinton juntos, y estaba a punto de sobrepasar a sus cinco inmediatos predecesores combinados –incluido el segundo Bush– en sus provisiones para la reelección³². En la campaña de 2012 Obama duplicó de nuevo su hazaña, esta vez equilibrada por Romney, reuniendo entre ambos candidatos 3.200 millones de dólares a su nombre, que junto con sus respectivas organizaciones suponían un total de 7.000 millones de dólares³³.

En ese diluvio de dinero, los demócratas tienen ahora la primacía. En 2004, el Comité Nacional Demócrata ya recaudó más que los republicanos. A los grifos tradicionales –la industria del entretenimiento, bufetes de abogados, sindicatos, Silicon Valley– el partido ha añadido no solo un caudal de dinero en efectivo muy superior al de sus oponentes, procedente de sus leales en la red, sino también un verdadero raudal de fondos de los sectores sanitario, inmobiliario y bancario. Los lazos con el sector financiero, anudados durante la década de 1990, no han hecho más que estrecharse desde entonces. En 2007-2008, el Comité para la Campaña Demócrata al Senado recibió cuatro veces más dinero de Wall Street que sus adversarios republicanos³⁴. El desplazamiento en la lealtad empresarial es en parte un simple reconocimiento de qué partido está en

³² Brendan Doherty, *The Rise of the President's Permanent Campaign*, Lawrence (KA), 2012, pp. 82-83, 149, 167.

³³ Federal Election Commission, 31 de enero de 2013.

³⁴ Entre 1999 y 2006, los cinco senadores que recibieron más dinero de las firmas financieras eran todos ellos demócratas; fueron por este orden: Schumer, Kerry, Lieberman, Clinton y Dodd: *Winner-Take-All Politics*, cit., pp. 226-227. En 2002, cuando el mayor receptor de la Cámara de Representantes fue Rahm Emmanuel, dos tercios de la lista de los mayores donantes a la campaña confiaron su dinero al «partido del hombre corriente», como le gustaba decir a Truman: «quizá sorprendentemente» es el cándido comentario de McCarty, Poole y Rosenthal en *Polarized America*, p. 140; en su esquema de ideas, sería más preciso decir «incomprensiblemente».

alza y en posición de devolver más favores; pero también refleja cálculos racionales sobre cuál es el mejor estabilizador del capitalismo en un periodo de turbulencia, cuando la economía necesita mayores estímulos y la sociedad una retórica de diversidad e inclusión³⁵. El Partido Demócrata, por su parte, está utilizando su nueva riqueza para construir un aparato de partido a escala nacional más poderoso que nunca, en la perspectiva de ir más allá de sus propios confines convirtiendo las reservas de la campaña de Obama en una organización «no lucrativa» para mantener a sus seguidores en activo durante el mandato. Sus planificadores miran hacia el futuro confiando en una era de dominio político prolongado.

II

Por sí solas, las dos victorias sucesivas de Obama no constituyen un gran viraje en el sistema político. Ni su escala ni su marco se pueden comparar, en tanto hitos históricos, con las de Roosevelt o Reagan. Roosevelt obtuvo 42 estados con el 57,4 por 100 de los votos en 1932, y 46 estados con el 60,8 por 100 en 1936; Reagan ganó en 44 estados con el 50,8 por 100 de los votantes en 1980 (pero con un tercer candidato independiente, de modo que su ventaja sobre Carter, fue de cerca de 10 puntos) y en 49 estados con el 58,8 por 100 en 1984. Obama, en cambio, ganó en 28 estados con el 52,9 por 100 de los votantes en 2008 y en 26 estados con el 51,1 por 100 en 2012. Los márgenes de su victoria no solo fueron menores, sino que disminuyeron después de su primer mandato, mientras que los de Roosevelt y Reagan aumentaron. Eso no impide una eventual consolidación dinástica con Hillary Clinton: las pautas del cambio en el sistema se pueden alterar. La diferencia más importante reside en el contexto estructural de la presidencia de Obama. Roosevelt y Reagan llegaron a la presidencia cuando el anterior régimen de acumulación se había agotado y los alineamientos del nuevo estaban a la vista. En la década de 1930 no había escasez de ideas en el «Trust de Cerebros» o fuera de él –Escuela de Estocolmo, Keynes, Schacht– acerca de cómo superar la depresión, aunque llevó algún tiempo hasta que el *New Deal* hizo uso de ellas. En la década de 1980, el contraataque neoliberal –los austriacos, la Escuela de Chicago, Lucas– llevaban mucho tiempo preparando todo un arsenal

³⁵ En la ingeniosa formulación de Hodge, «la política, podríamos decir, es la prolongación de los negocios por otros medios»: J. Hacker y P. Person, *Mendacity of Hope*, cit., p. 8. En 2008 Goldman Sachs concedió tres cuartas partes de su financiación a los demócratas, dejando atrás por muy poco a Citigroup: p. 46.

de prescripciones para afrontar y vencer la estancación. Hoy día el régimen de acumulación en funcionamiento ha caído en la confusión, pero objetivamente no está todavía en una crisis aguda; y subjetivamente, el panorama está yermo de ideas que puedan alumbrar otro distinto. Es ese subyacente *impasse* el que ha dado lugar a una escena política que a la vez se haya íntima y profundamente dividida³⁶.

En Estados Unidos las dificultades inmediatas se han afrontado con débiles remedios keynesianos: gasto público por encima de los ingresos, expansión cuantitativa; en Europa, a falta de la prerrogativa imperial de imprimir dinero, con recetas semiaustriacas. Ni uno, ni otra, ofrecen una respuesta al prolongado estancamiento de las economías capitalistas avanzadas iniciado hace cuarenta años, mientras se mantiene la huida hacia delante con formas siempre nuevas de creación de deuda para evitar el peligro de una conmoción traumática³⁷. El régimen de acumulación vigente ha enriquecido enormemente a unos pocos, pero no ha conseguido restaurar el dinamismo del mundo atlántico ni de su prolongación japonesa, y al tiempo ha precarizado el sistema haciéndolo

³⁶ Sobre la novedad de esta configuración, véase el magistral estudio de Ronald Brownstein, *The Second Civil War*, Nueva York, 2007, pp. 17-19 y ss., *passim*. Brownstein indica que los republicanos dominaron fácilmente la escena hasta la Depresión y los demócratas durante la marea alta del *New Deal*. Después, desde finales de la década de 1930 hasta mediados de la de 1960, el sistema político estuvo íntimo pero no profundamente dividido; demócratas y republicanos solían cruzar la frontera entre los partidos en una época de negociación entre ambos. Desde entonces, el panorama ha estado profunda e íntimamente dividido en dos campos de fuerza similar. La observación es interesante, pero su periodización se ve debilitada por una tendencia a eludir las políticas de partido y las preferencias electorales, lo que hace a Brownstein fechar los comienzos de la tercera era en la presidencia de Reagan, aduciendo que despertó las pasiones ideológicas que intensificaron el conflicto entre ambos partidos. El país, no obstante, no estaba íntimamente dividido durante la presidencia de Reagan, quien obtuvo enormes mayorías en los colegios electorales de todo el país. Solo durante las tres últimas presidencias se ha creado esa división a la vez íntima y profunda. La novedad de ese acontecimiento, subrayado por Brownstein, queda, sin embargo, sin explicación en su estudio. En general, es llamativo lo ciegas que son la ciencia política o la sociología estadounidenses más sofisticadas con respecto a la historia económica que subyace bajo los virajes en el sistema político. Para un último y reciente ejemplo, véanse las discusiones entre Theda Skocpol, Larry Bartels, Mickey Edwards y Suzanne Mettler en *Obama and America's Political Future*, cit., todos los cuales proceden como si su tema se pudiera discutir sin echar ni siquiera una mirada a las vicisitudes del capitalismo estadounidense.

³⁷ El análisis más lúcido de la lógica política imperante en las sucesivas fases de este proceso es el ofrecido por Wolfgang Streeck en «The Crises of Democratic Capitalism», *NLR* 71, septiembre-octubre de 2011, pp. 5-29 [En cast.: «La crisis del capitalismo democrático», *NLR* 71, noviembre-diciembre de 2011, pp. 5-26].

más vulnerable que cuando nació. En su momento de triunfo político, el Gobierno de Obama afronta presiones económicas que ofrecen escaso margen para las reformas sociales de Roosevelt o para los donativos fiscales de Reagan: déficit amenazante, inflación de subsidios, crecimiento a trompicones. Los sustitutos culturales ofrecen solo una salida temporal: cambios que no cuestan apenas nada, como la legalización de los inmigrantes indocumentados, control de armas, matrimonio para todos. No parece que con ellos se pueda llegar muy lejos.

Desde el surgimiento de un nuevo régimen de acumulación en la década de 1980, los sistemas políticos del mundo atlántico han conocido dos tipos de dominio: una fórmula orgánica para el gobierno neoliberal y una clara victoria electoral, que pueden coincidir o divergir. La expresión más coherente y eficaz de una ideología y una victoria decisiva en las urnas no son siempre la misma cosa. En Gran Bretaña, que estuvo a la cabeza del viraje, Margaret Thatcher consiguió una hegemonía aplastante sin ganar siquiera la mayoría absoluta del electorado; los conservadores nunca alcanzaron en aquella época más del 44 por 100 de los votos. En Estados Unidos, donde el terreno era más favorable, Reagan combinó una fórmula orgánica para el viraje con grandes mayorías. Durante la década de 1990, los regímenes de la Tercera Vía de Clinton y Blair ofrecieron variantes del legado de sus predecesores, pretendiendo a la vez afianzarlo y anestesiar su impacto. Siendo formaciones más endebles, la primera quedó truncada antes de caer bajo las represalias que finalmente desmantelaron a la segunda por los costes económicos de su mandato. Las suyas fueron «hegemonías livianas»³⁸. Hoy día, victorias electorales muy parecidas a aquellas son corrientes en Europa, con todavía menos perspectivas de consolidación tras ellas, como tantas otras reacciones refleja a la crisis sin auténtica convicción de poder salir de ella. En Estados Unidos los derechos de regalía del dólar han mitigado los efectos del crac, pero persiste el estancamiento a escala sistémica del régimen de acumulación, políticamente sobredeterminado por la *Kulturkampf* [lucha cultural] local de idiosincrasias y costumbres. El resultado es el equilibrio descompensado entre las fuerzas de partido que hoy día deja perplejos y ansiosos a los comentaristas. El orden neoliberal se ha convertido políticamente en una tierra de nadie, en la que no se divisa ninguna fórmula orgánica de gobierno.

³⁸ Susan Watkins, «A Weightless Hegemony: New Labour's Role in the Neo-Liberal Order», *NLR* 25, enero-febrero de 2004, pp. 5-23 [ed. cast.: «Balance de situación del Nuevo Laborismo», *NLR* 25, marzo-abril de 2004, pp. 5-35].